

Opinión

Cambio climático: Los costes de la inacción



**Ernest
Reig**

Las recientes inundaciones que han afectado a la Comunidad Valenciana y a algunas localidades del resto de España no constituyen un fenómeno desconocido e inhabitual –salvo por su magnitud catastrófica–, y obligan a reflexionar sobre los enormes costes de abordar con un exceso de timidez la lucha para frenar las emisiones de gases de efecto invernadero y aplazar la adopción de medidas de adaptación frente al cambio climático. Recientemente, la Agencia Europea del Medio Ambiente ha estimado que, entre 1980 y 2023, los costes de los fenómenos climáticos extremos en la Unión Europea ascendieron a 738.000 millones de euros (a precios de 2023), de los que el 44% correspondieron a los riesgos hidrológicos (inundaciones). Los datos de la Agencia marcan además una tendencia creciente, con unas pérdidas anuales entre 2020 y 2023 que más que quintuplicaron las del periodo de 1980 a 1989. Esos daños económicos se vieron acompañados por 241.000 muertes entre 1980 y 2023, asociadas principalmente a olas de calor.

Es importante tener esto en cuenta cuando se advierte del coste para el crecimiento económico supuestamente atribuible a las regulaciones públicas en favor del medioambiente y a la desviación de recursos que podrían tener un uso estrictamente productivo –*business as usual*–, para efectuar inversiones dirigidas a la prevención de riesgos climáticos. Sin embargo, todo apunta a que el coste de la inacción medioambiental es mucho mayor, y a que se tiende a infravalorar los riesgos derivados del cambio climático, no sólo para el bienestar humano en general, sino también para la actividad económica.

Muchos economistas destacados ya no consideran válida la idea de que haya que optar necesariamente entre las políticas de mitigación del cambio climático y las que promueven el crecimiento económico. Señalan que se infravaloran los costes del cambio climático cuando se asume que sus efectos se limitan a pérdidas temporales de producción –impactos sobre el nivel del PIB–, sin considerar su efecto negativo sobre elementos impulsores del crecimiento del PIB tan importantes como la productividad del trabajo –efectos sobre la salud– y sobre la productividad y la formación de capital –obsolescencia de tecnologías e infraestructuras diseñadas para condiciones climáticas distintas de las actuales, pérdidas de capital productivo en catástrofes naturales–, así como sobre ecosistemas de los que dependen, por ejemplo, los rendimientos de la producción agrícola.

Suelen ignorarse los riesgos climáticos de difícil o imposible modelización, como la aparición de puntos de inflexión que más allá de ciertos umbrales de temperatura pueden cambiar el clima en forma irreversible, con consecuencias catastróficas. Incumplir los acuerdos de la cumbre del clima de París y alcanzar a finales del presente siglo temperaturas medias que superen entre 4 y 6 grados las propias de la era preindustrial –algo que nunca ha ocurrido a lo largo de la historia evolutiva de nuestra especie– significa introducirse

en escenarios marcados por una incertidumbre radical.

Una mayor frecuencia a escala planetaria de eventos extraordinarios, como las inundaciones de Valencia, es un rasgo característico del calentamiento global en la literatura sobre cambio climático, y sus consecuencias (pérdida de vidas humanas y de patrimonios familiares, destrucción de infraestructuras, desaparición de empresas, colapso en los sistemas de transporte) forman parte de los costes de la inacción. Abstenerse por razones de presupuesto, o por su escasa visibilidad y rentabilidad política a corto plazo, de realizar las necesarias actuaciones de mitigación y adaptación al cambio climático, como las de prevención de avenidas en zonas inundables de Valencia, genera con posterioridad costes y desembolsos presupuestarios mucho mayores.

Beneficios y oportunidades de negocio
Las políticas dirigidas a hacer frente al cambio climático no sólo representan costes que hay que asumir, sino que también ofrecen beneficios y nuevas oportunidades de negocio incluso desde una perspectiva meramente económica. La definición de políticas industriales y de estrategias de I+D+i claras y estables a favor de la descarbonización y del impulso a las tecnologías limpias (energías renovables, baterías, coches eléctricos, etc.) se ha de contemplar como un factor de reducción del riesgo empresarial, y por tanto favorable a la inversión. A ello hay que añadir que el coste inicialmente previsto de alcanzar el objetivo de cero emisiones netas se está reduciendo gracias al espectacular abaratamiento y expansión internacional de tecnologías como la solar fotovoltaica y la eólica.

Según un informe de la Agencia Internacional de la Energía (AIE) la inversión en las principales tecnologías limpias alcanzó los 235.000 millones de dólares en 2023, y el valor de mercado de los activos propios de esas tecnologías se ha cuadruplicado desde 2015 y se espera que se triplique de aquí a 2035. Sin embargo, a pesar de este rápido despliegue, todavía el año pasado las dos terceras partes del incremento mundial en la demanda de energía se cubrieron mediante la basada en combustibles fósiles.

La experiencia de los últimos años indica que favorecer desde las políticas públicas la explotación de economías de escala y aprendizaje permite rápidas reducciones de costes que facilitan la difusión de tecnologías mitigadoras del cambio climático, pero para ello es importante que la acción de los gobiernos no se limite a establecer mecanismos de mercado para la determinación del precio del carbono. La regulación ambiental es también imprescindible, así como un amplio esfuerzo desde el sector público dirigido a reorientar la innovación de las empresas hacia tecnologías limpias, rompiendo con la inercia de trayectorias tecnológicas dependientes de la producción de bienes contaminantes y del uso de combustibles fósiles. La gran movilización internacional de recursos que permitió lograr vacunas para el Covid-19 en un plazo mínimo da una idea de lo que puede lograrse combinando la voluntad política y los recursos públicos con la agilidad de respuesta de la empresa privada para alcanzar objetivos climáticos. Siempre que la conciencia de la urgencia de actuar logre imponerse a la inacción.

Universitat de València e Ivie

Europa tiene que hacerse mayor



**Enrique
Caceres**

Lo mismo no se acuerdan pero, hace poco más de cuatro años, el Partido Demócrata decidió que Joe Biden fuera poco menos que un artículo de transición entre Obama y la renovación necesaria. Claro que ese nuevo partido estaría tutelado por los Obama y los Clinton, supongo que a la eterna espera del momento oportuno para que Michelle Obama se presente como candidata.

Con Trump enfrente Michelle nunca sería candidata y, es mi opinión, ella es hoy más un ejemplo de *wishful thinking* y de falta de recursos, cuando no de imaginación y de ideas para construir una alternativa, que una opción real. El momento de Michelle Obama, de llegar, sería tras otro mandato tumultuoso y con una candidatura de reconciliación, especialmente ahora que sabemos que *influencers* y famosos aportan poco cuando bajan de sus mansiones.

El caso es que esos cuatro años de hiato se manifestaron inútiles cuando Biden, con todo lo que ya había evidenciado, aún se presentó a la reelección. “Si no, mostrariamos debilidad” debió ser el argumento más repetido. Eso y cerrar los ojos, supongo.

En Europa deberíamos reflexionar y darnos cuenta de dos cosas: una, que cuatro años de Kamala Harris nos hubieran dejado en un extraño letargo, intentando no enfarnarnos por las decisiones que no nos favorecieran, contentándonos con las que sí, y mirando de soslayo las que creemos que no nos impactan porque se toman mirando a Asia y a Rusia.

Dos, que el nuevo mandato de Trump, si decidimos leer las señales con frialdad, implica una bofetada a Europa para que reaccionemos. Recuerden: el Partido Republicano dominará el día 6 de enero el Congreso y el Senado y, desde el 20, la Casa Blanca. Además a Trump le quedan cuatro años por delante sin necesidad de tener que agradar a nadie, porque no se puede volver a presentar, lo que implica que ya no tendrá que considerar los votos, a no ser que quiera que Vance continúe su legado, claro.

Así que, empezando por Ucrania, todo lo que implique aprobar ayudas pasará por un Congreso que, es cierto, aprobó ya una ayuda de 61.000 millones de dólares a finales de abril, pero consiguió que hubiera votos suficientes por parte de los republicanos (101 siés frente a 112 noes, mientras que los 210 demócratas votaron sí) porque se afiadieron ayudas a Israel y a Taiwán, que elevaron el total hasta 95.300 millones de dólares.

¿Va a volver a pasar? Improbable, pero por la parte de Ucrania, porque a Estados Unidos lo que queda hacia el Atlántico le importa cada vez menos. Hay un matiz, y es la sospecha de que Trump estaría dispuesto a mediar para que Ucrania cediera un pasillo en el Donbás que diera a Rusia acceso por tierra a Crimea (anexionada a Rusia en 2014) y así tener salida al Mar Negro. De ahí al Mediterráneo sólo sería hablar con Turquía, miembro de la OTAN. Pero pasa que los republicanos no ven bien lo de ceder en nada, y que con la Alianza Atlántica la historia está complicada.

Vayamos por partes: la realidad es que, al poco de la primera inauguración de Trump, Dennis Muilenburg, entonces CEO de Boeing, le di-

jo al ya presidente que la multinacional aeronáutica necesitaba su ayuda. Trump había aprovechado ese encuentro para pedir un rebaja sobre el Air Force One, así que no podía por menos que escucharle. Muilenburg se quejó de que las subvenciones de la Unión Europea a Airbus hacían que Boeing no fuese competitivo. Trump escuchó y decidió aplicar aranceles a los aviones de Airbus, al vino y al queso francés, y al aceite de oliva español hasta alcanzar los 7.500 millones de dólares.

Luego vendría lo de la OTAN y la vía quirúrgica que ha propuesto ya varias veces para poner frente al espejo a los países que no aportan lo suficiente al sosténimiento de la Alianza. Así que... no, muy simpáticos no es que caigamos.

La importancia del Eje Pacífico

Pues añadan a eso el problema que hoy supone China para Estados Unidos, la amenaza sobre Taiwán, Japón y Filipinas, y la necesidad, en ese océano, de submarinos australianos para contener los movimientos del ejército de Xi Jinping. Casi que podemos trazar una línea de puntos que nos dibuja la importancia del Eje Pacífico frente a una Europa a la que Trump ya le ha dicho algo así como “estoy un poco cansado de pastorear”.

Europa ya sabía que Estados Unidos iba a entrar en una etapa de protecciónismo. Lo sabía si



ganaba Harris, así que multiplicuen eso por diez habiendo llegado Trump. Porque el problema no son sólo los aranceles: son controles a las exportaciones, inversiones y un especial celo en materia tecnológica (semiconductores, computación cuántica...). Por supuesto, faltare-solver el tema de la deuda, pero eso puede llevarse por otros caminos que no sean los de vender protección a los norteamericanos.

China, por su lado, está pensando en el Presidente 47... y en el 48, y en el 49. China no se queda en cuatro años: piensa en décadas.

Así que a Europa le queda entender que estamos cometiendo los mismos errores de exceso de confianza que Estados Unidos hace 20 años. Además que Washington ha dejado de ser una manta protectora para ser el amigo fortachón al que caerle bien y, para caerle bien, hay que asumir responsabilidades, tomar decisiones y ejecutarlas. A fecha de hoy ya se han impuesto aranceles a los coches eléctricos de fabricación china (adivinen... subsidiados) y a pesar de la resistencia de Alemania. Pero Estados Unidos (fuera Harris o siendo Trump) le va a decir a Europa “preocúpate de ese lado del océano, que bastante tengo yo con el otro”.

Eso implica dejar de ser 27 países metidos en una centrifugadora, girando a toda velocidad, separados, y que lo único que los mantenga en el mismo sitio es la pared de la propia máquina.

Consultor político